



Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu
ISSN: 0120-1468
ISSN: 2665-3834
franciscanum@usbbog.edu.co
Universidad de San Buenaventura
Colombia

La tensión entre una espiritualidad desde abajo y una espiritualidad desde arriba. Paradojas de la Exhortación Apostólica Amoris Laetitia

Basualto Porra, Lorena

La tensión entre una espiritualidad desde abajo y una espiritualidad desde arriba. Paradojas de la Exhortación Apostólica Amoris Laetitia

Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu, vol. 60, núm. 170, 2018

Universidad de San Buenaventura, Colombia

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=343559778006>

La tensión entre una espiritualidad desde abajo y una espiritualidad desde arriba. Paradojas de la Exhortación Apostólica Amoris Laetitia

Lorena Basualto Porra lbasualtop@ucsh.cl

Resumen: El artículo busca analizar la paradoja que se puede descubrir en Amoris Laetitia entre una espiritualidad desde abajo y una espiritualidad desde arriba. El Papa Francisco busca romper esta tensión entre el ideal y la realidad a través del desarrollo de una espiritualidad familiar que se encuentra con Dios a partir de las flaquezas, de la incapacidad e incluso de los pecados. Ahora bien, cuando se refiere a temas propios de la moral conyugal y familiar, no puede sino articularlo desde arriba, es decir, desde un ideal determinado que muchas veces prescinde del acercamiento fenomenológico, sin embargo, la paradoja encuentra caminos de solución a través de su concepción de la conciencia y el discernimiento.

Keywords: 54 Lorena Basualto Porra universidad de san Buenaventura, Bogotá • Facultad de ciencias Humanas y sociales, cuando se refiere a temas propios de la moral conyugal y familiar, no puede sino articularlo desde arriba, es decir, desde un ideal determinado que muchas veces prescinde del acercamiento fenomenológico, sin embargo, la paradoja encuentra caminos de solución a través de su concepción de la conciencia y el discernimiento, Palabras clave Familia, espiritualidad, moral, conciencia, discernimiento, The tension between bottom-up and top-down spiritualities, Paradoxes of the Apostolic Exhortation Amoris Laetitia, Abstract This article analyzes the paradox that is found in Amoris Laetitia between a spirituality that goes bottom-up and a spirituality that goes top-down, Pope Francis tries to break this tension between the ideal and reality through a spirituality of the family that finds God in weaknesses, incapacities and even sin, Now then, when he makes reference to moral themes concerning spouses and families, he must start from a top-down perspective, that is, from a determined ideal that leaves out the phenomenological approach, However, the paradox finds ways of solutions through its conception of conscience and discernment, Family, spirituality, morality, conscience, discernment

Franciscanum. Revista de las ciencias del espíritu, vol. 60, núm. 170, 2018

Universidad de San Buenaventura,
Colombia

Redalyc: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=343559778006>

Introducción

Los Sínodos de la Familia, convocados por el Papa Francisco, suscitaron en el Pueblo de Dios renovadas reflexiones y debates sobre diversas problemáticas que comprometen al matrimonio y la familia¹. El primero, realizado en el 2014, desarrolló la temática de «Los desafíos de la familia en el contexto de la evangelización»; el segundo, efectuado en el 2015, trató el tema de «La vocación y la misión de la familia en la iglesia y el mundo contemporáneo»². Ambos Sínodos contaron con la participación de obispos de todo el mundo, diversos expertos, además de matrimonios y teólogos laicos³. Ambas asambleas instalaron diversas problemáticas y, a la vez, despertaron la esperanza de que el Magisterio se pronunciara sobre cuestiones controvertidas que aquejan al Pueblo de Dios en materia de moral familiar, tales como la situación de los

divorciados vueltos a casar⁴, la praxis moral sostenida por la Humane Vitae, la convivencia prematrimonial, la educación de los hijos y las uniones homosexuales, entre otras⁵. Como suele suceder en estos casos, las expectativas van desde los que buscan cambios radicales hasta los que luchan por mantener las costumbres tradicionales, por lo que el texto final suele no dejar conforme ni a un sector ni a otro⁶. El presente artículo nace de una lectura que busca indagar en *Amoris Laetitia* aquellos aspectos que permiten configurar una teología de la familia, que el Magisterio Pontificio ha venido impulsando desde el Concilio Vaticano II⁷. En esa búsqueda, uno de los aspectos que fue emergiendo en una lectura exploratoria a la Exhortación es la tensión entre un planteamiento de los temas de familia, manteniendo los pies en la tierra, como expresa el mismo Papa Francisco y, además, el anhelo de perfección familiar⁸. Esta tensión se refleja en la autocrítica que hace el mismo Papa cuando señala que el Magisterio ha «presentado un ideal teológico del matrimonio demasiado abstracto, casi artificiosamente construido, lejano de la situación concreta y de las posibilidades efectivas de las familias reales»⁹. El artículo, por tanto, pretende desarrollar si el Papa Francisco logra superar la tensión entre el ideal y la realidad, o si se entrapa en un lenguaje de antaño que no le permite la renovación. La hipótesis que surge del análisis de la Exhortación es que en la espiritualidad de la familia el Papa argentino logra esbozar una espiritualidad desde abajo, es decir, una realidad familiar que se encuentra con Dios a partir de sus propias debilidades. Sin embargo, permanecen resabios de una espiritualidad desde arriba cuando se refiere a temas propios de la moral conyugal y familiar, es decir, desde una praxis que busca alcanzar un ideal que prescinde de una familia situada en contexto. Para llevar adelante el objetivo propuesto, se analizará la Exhortación Apostólica *Amoris Laetitia* focalizando los temas de la espiritualidad y la moral familiar, utilizando como sustento epistemológico el enfoque de los autores Gruhn y Dufner, quienes presentan la tensión de la experiencia cristiana entre una espiritualidad desde arriba y una espiritualidad desde abajo¹⁰. La investigación se ordenará en tres apartados, a saber, espiritualidad del matrimonio y la familia, la moral del matrimonio y la familia, para, finalmente, presentar la paradoja de una espiritualidad desde abajo y una moral desde arriba.

1. Espiritualidad del matrimonio y la familia en *Amoris Laetitia*

Desde el Concilio Vaticano II, el matrimonio se ha considerado una vocación a la santidad, la cual adquiere características particulares propias de su estado de vida¹¹. Inspirado en este pensamiento, el Papa Francisco plantea en *Amoris Laetitia* que la espiritualidad del matrimonio y la familia se debe reflexionar considerando su cotidianidad¹², al respecto señala: La presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos. Cuando se vive en familia, allí es difícil fingir y mentir, no podemos mostrar una

máscara. Si el amor anima esa autenticidad, el Señor reina allí con su gozo y su paz. La espiritualidad del amor familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos. En esa variedad de dones y de encuentros que maduran la comunión, Dios tiene su morada. Esa entrega asocia «a la vez lo humano y lo divino», porque está llena del amor de Dios. En definitiva, la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino¹³. Del texto del Papa se desprende que la presencia de Dios en la familia se vive justamente en la realidad concreta: sufrimientos, alegrías y afanes cotidianos. Esta constatación se ajusta a la postura de Gruen y Dufner, quienes han denominado espiritualidad desde abajo al hecho que la persona se encuentra con Dios en las Escrituras y en la Iglesia, pero también «habla por nosotros mismos a través de nuestros pensamientos y sentimientos, por nuestro cuerpo, por nuestros sueños, hasta por nuestras mismas heridas y presuntas flaquezas»¹⁴. Esta espiritualidad requiere de la aceptación de la propia verdad, de reconciliarse con la terrenalidad ya que busca la humildad que se relaciona con humus, tierra, por tanto, se trata de que la persona desde su precariedad profunda descubra el lugar donde se puede encontrar con Dios¹⁵. Es lo que señalaba siglos atrás Nicolás de Cusa, con toda su tradición agustiniana y renana, cuando en su libro *De visione Dei* afirmaba que en este diálogo con Dios el ser humano experimentaba el encuentro con el Misterio, que le decía «sé tú mismo y yo seré tuyo»¹⁶, es decir, no hay que huir de sí mismo o negarse, sino por el contrario, si Dios ha creado al ser humano es porque se alegra en su creatura¹⁷. Desde esta perspectiva, la familia se constituye en el lugar privilegiado de la espiritualidad desde abajo pues, como señala el Papa Francisco, al interior de la familia cada uno de sus miembros no puede fingir, no puede mentir, no puede esconderse, por lo que la familia se hace el lugar de la autenticidad. Por este motivo, el Papa afirma que si esta autenticidad es animada por el amor, da como fruto el gozo y la paz que se experimentan en las distintas relaciones familiares, ya sea sponsal, filial o fraternal. Por esto Francisco señala que «una comunión familiar bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria y de crecimiento místico, un medio para la unión íntima con Dios»¹⁸. Así pues, el Papa presenta dos pilares fundamentales de la espiritualidad familiar: la cotidianidad y la autenticidad. A su vez, y retomando la cita con la que se inició el apartado, el Papa la va a definir como «una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino»¹⁹. Se utilizará esta cita en los apartados siguientes para sistematizar la presentación que hace Francisco sobre la espiritualidad familiar, ordenando el relato que sigue en dos acápites, a saber, la espiritualidad familiar del vínculo y la habitación del amor divino en la familia.

1.1 Espiritualidad familiar del vínculo

La afirmación del Papa, en cuanto que la espiritualidad familiar es una espiritualidad del vínculo, se sostiene desde el presupuesto de que el ser humano tiene una innata dimensión social, donde la primera y originaria

comunidad de la persona es el matrimonio y la familia, por tanto, la espiritualidad se encarna en la comunión familiar²⁰. Al respecto afirma Francisco: Una comunión familiar bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria y de crecimiento místico, un medio para la unión íntima con Dios. Porque las exigencias fraternas y comunitarias de la vida en familia son una ocasión para abrir más y más el corazón, y eso hace posible un encuentro con el Señor cada vez más pleno²¹. Esta espiritualidad del vínculo, afirma el Papa Francisco, posee su sustento teológico en aquel principio que señala San Juan: «A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud»²². De esta manera, el centro de la espiritualidad matrimonial y familiar es el amor que se experimenta entre cada uno de los miembros de la familia, de allí que el Papa señale que la vida familiar sea una ocasión «para abrir más y más el corazón»²³. Ahora bien, especialmente en el matrimonio, este abrir el corazón se manifiesta en que todos los días se hace la opción de pertenecer completamente a una persona, de modo que esta relación permanezca en el tiempo, pues se asume el desafío de envejecer juntos. De esta manera, cada cónyuge se hace ícono de Dios en cuanto a la fidelidad e instrumento de cercanía al Señor, como forma de encarnar la promesa de Cristo de permanecer con la humanidad hasta el fin del mundo²⁴. Asimismo, es necesario que los esposos tomen conciencia de sus límites en el amar. Como dice Francisco, cada uno descubre que el otro no es una propiedad, sino que ambos pertenecen al Señor y se conectan con la fuente del amor que es Dios de forma singular, lo cual permite que los esposos se amen verdaderamente²⁵. Ahora bien, es interesante señalar que Francisco cuando habla del amor conyugal no renuncia al eros, pues señala que el amor esponsal está plasmado por el mundo de las emociones y por su manifestación corporal en la vida sexual. Ambas dimensiones, lo corporal y lo espiritual, son altamente valoradas por el Papa, al punto de afirmar que todos los místicos cuando buscan referirse al amor sobrenatural lo hacen desde los símbolos del amor matrimonial porque expresan justamente la totalidad y la fusión sin perder identidad²⁶. Así pues, en esta espiritualidad del vínculo, la vivencia sexual del matrimonio se comprende como un lenguaje interpersonal²⁷, donde la dimensión erótica del amor se vive como un verdadero don de Dios que embellece el encuentro de los esposos, constituyéndose en «una pasión sublimada por un amor que admira la dignidad del otro»²⁸. Tomarse en serio el cuerpo, que en la vida matrimonial adquiere gran importancia como expresión de amor donativo, está en estrecha relación con la llamada espiritualidad desde abajo, pues ella sostiene que el itinerario hacia Dios pasa por la realidad corporal; en cambio, la espiritualidad desde arriba pretende llegar a Dios prescindiendo del cuerpo, muchas veces, como si nuestra realidad humana fuera solamente espiritual y no integral²⁹. Ahora bien, este nosotros, que se construye desde el tú y yo, se abre a nuevas dimensiones cuando el amor se hace realmente fecundo, donde varón y mujer deciden formar una familia. Tomar esta decisión «es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con él, es animarse a

construir con él, es animarse a jugarse con él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo»³⁰. De este modo, el matrimonio se abre al sueño de Dios porque, sustancialmente, se trata del sueño del amor que tiene su constatación práctica en la familia, de allí que este sueño se va a concretizar cuando ambos sueñan a su hijo durante nueve meses³¹. Así, el amor de los padres es prefigura del amor de Dios que espera al niño, aceptándolo sin condiciones y acogiendo gratuitamente³². Por tanto, los padres van a ser para su hijo quienes le muestren la belleza de los vínculos humanos, donde le reconocen su condición de otro, único y libre, regalándole un nombre y enseñándole el lenguaje del amor que se expresa a través del cuerpo³³. Esta familia nuclear suele crecer con la llegada de nuevos hijos y así el niño tiene la experiencia no solo del amor filial, sino también del fraternal, que le enseña a despojarse de individualismo para, justamente, comprender la fraternidad como una actitud necesaria para la vida que luego se vierte en la sociedad³⁴. A la luz de la espiritualidad del vínculo, Francisco llama a la familia «el hospital más cercano»³⁵, puesto que es el lugar donde sus miembros se sanan de las dolencias o heridas que muchas veces otros o la sociedad les proporciona. De ahí que la familia es la primera que contiene en el sufrimiento y, a la vez, se comporta como un amortiguador social de tantas amenazas que atentan contra la familia. Como señaló el Papa Francisco en su viaje apostólico a Sri Lanka y Filipinas, amenazas que van desde los desastres naturales producidos por el calentamiento global, la crisis económica, la pobreza, los procesos migratorios, el relativismo, la cultura de lo efímero, la falta de apertura a la vida y, lo que el Papa llama, las nuevas colonizaciones ideológicas, que promueven una forma de vida familiar que no se condice con las vivencias de los pueblos originarios y la enseñanza del evangelio sobre la familia³⁶. Finalmente, el Papa también denomina a la familia con la imagen del «pastoreo misericordioso», pues cada uno de sus integrantes³⁷ están llamados a cuidar del otro y contemplarlo con los ojos de Cristo, reconociendo en cada uno su dignidad, fruto del amor inmenso del Padre.

1.2 Habitación del amor divino en la familia

En este segundo apartado se desarrollará la segunda parte de la cita que ha servido de hilo conductor del discurso, en cuanto que «la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino»³⁸. Se tratará, entonces, el tema de la habitación divina, es decir, de qué modo Dios está presente en la familia. El Papa Francisco reflexiona sobre la familia desde el eje del amor. Desde allí expresa que Dios habita en la familia desde la concepción del Dios cristiano que es Trinitario, es decir, es comunión de amor y la familia es justamente comunión de personas³⁹. Al respecto, Francisco señala al citar a Juan Pablo II en Puebla: «Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor. Este amor, en la familia divina, es el Espíritu Santo»⁴⁰. De esta manera, afirma Francisco, «la familia no es pues algo ajeno a la

misma esencia divina»⁴¹, ya que la Trinidad se manifiesta como unidad plena en la diversidad de cada una de las personas, lo que también sucede con la familia⁴². Es por eso que la vida familiar se puede interpretar en clave Trinitaria, puesto que los padres al procrear, cuidar y educar a sus hijos están asumiendo el rol creador del Padre⁴³. Al mismo tiempo, por medio del matrimonio, en cuanto signo del amor entre Cristo y la Iglesia, se hace presente el amor donativo y redentor⁴⁴, y cuando crece en amor se convierte en templo donde habita el Espíritu Santo⁴⁵. Así pues, en razón del matrimonio, el Papa retoma la doctrina clásica paulina de la relación entre el amor esponsal y el amor entre Cristo y la Iglesia⁴⁶. En ella se afirma la dinámica pascual, es decir, quien ve a un matrimonio está viendo el amor crístico que ama más allá de la muerte. Ahora bien, Francisco subraya que ningún ser humano puede llegar hasta tal perfección de amor, por lo que hay que considerar este signo como una imperfecta analogía⁴⁷, lo cual aparece como una gran novedad en la teología del matrimonio. Entonces, el Papa va a plantear que ciertamente la gracia posibilita esta entrega radical, pero siempre hay que tener presente que actúa desde la precariedad y no desde la impecabilidad. Interpretar el texto paulino desde esta óptica muestra que Francisco opta por una espiritualidad desde abajo⁴⁸, despojando a la concepción teológica del matrimonio de esencialismos y heteronomías, que no permiten dar cuenta de la situación familiar concreta⁴⁹. Específicamente, desde lo cristológico, la comunión matrimonial se fundamenta en la Encarnación ya que Cristo asume el amor humano, lo purifica, lo lleva a plenitud y dona a los esposos, con su Espíritu, la capacidad de vivir el amor, impregnando toda la vida del matrimonio y la familia de fe, esperanza y caridad⁵⁰. A su vez, no se debe olvidar que, justamente, el misterio de la Encarnación se da en el seno de una familia, la Sagrada Familia de Nazareth; de allí que el Papa afirme que el secreto de Nazaret está «lleno de perfume a familia»⁵¹. Además, la familia es un signo cristológico por excelencia, porque en la Cruz y en la Resurrección cada cónyuge se hace una sola carne y se ofrece a sí mismo para compartir con el otro hasta el final de sus vidas⁵². Así, el matrimonio y la familia acogen el misterio pascual desde los dolores y las angustias, donde abrazar la cruz del Señor permite sobrellevar los peores momentos y transformar las dificultades y sufrimientos en una ofrenda de amor. Por otra parte, distintos momentos de alegría de la vida familiar, el descanso o la fiesta y la vivencia de la intimidad conyugal se experimentan como una participación en la vida plena de la Resurrección de Cristo⁵³. Ahora bien, la habitación del amor divino en la familia se concreta a través del sacramento del matrimonio, donde los esposos reciben la gracia que se nutre justamente del misterio de la Encarnación y la Pascua⁵⁴. El Papa Francisco, señala que «el sacramento del matrimonio no es una convención social, un rito vacío o el mero signo externo de un compromiso. El sacramento es un don para la santificación y la salvación de los esposos»⁵⁵. De este modo, al representar, aunque sea de modo imperfecto, la relación entre Cristo y la Iglesia, el Papa va a subrayar que siendo el matrimonio una vocación que responde a un llamado específico necesita de un discernimiento vocacional⁵⁶. Es por

este motivo que el itinerario de preparación responde al hecho de que, a través del sacramento del matrimonio, los esposos se consagran a Cristo y están convocados a formar una verdadera iglesia doméstica⁵⁷. Así, el Papa Francisco continúa con la línea del Concilio Vaticano II cuando designa a la familia con el nombre de Iglesia doméstica, principalmente para designar el hecho de que es lugar donde se traspa la fe a los hijos, de allí su dimensión fundamental de educadora de la fe⁵⁸. En esta iglesia doméstica, los padres realizan una verdadera iniciación en el anuncio del kerigma, la vida de oración, de escucha de la palabra y vida sacramental⁵⁹. En este sentido, lo más novedoso es que cuando el Papa utiliza el concepto de iglesia doméstica no lo hace con la pretensión de clericalizar la familia, sino que lo realiza desde una clave trinitaria, en cuanto que la iglesia se pueda comprender a sí misma desde la iglesia doméstica, porque la familia es ícono de la Trinidad, lo cual arroja una clave eclesiológica interesante para comprender la totalidad del misterio de la iglesia⁶⁰.

2. La moral del matrimonio y la familia en *Amoris Laetitia*

En el siguiente apartado se hará una aproximación a la moral del matrimonio y la familia, ya que el tema moral es de vital importancia en la espiritualidad, pues la praxis que surge desde la fe puede orientarse desde abajo, es decir, reconociendo la propia precariedad o bien desde arriba, en cuanto aspiración humana a ser mejor y superarse. En este último sentido, el ideal a alcanzar se articula por medio de los cuestionamientos sobre lo que tiene que hacer un cristiano. Por tanto, para la espiritualidad desde arriba es muy importante hacerse la pregunta moral⁶¹. Ciertamente, la espiritualidad desde arriba tiene sus aspectos positivos ya que despliega la energía de un ideal entusiasmante, como sería la moral cristiana; además, es necesario considerar que la espiritualidad de abajo parte del hombre como imagen de Dios y, por tanto, se fundamenta desde arriba; sin embargo, el problema de la espiritualidad desde arriba radica en que se acentúa el propio esfuerzo y se basa en ideales abstractos que poca relación tienen con la realidad humana⁶². Ahora bien, la pregunta por la articulación de la moral matrimonial y familiar es una preocupación del Papa Francisco, pues afirma que frente a las distintas problemáticas, la Iglesia no puede quedar satisfecha solamente aplicando leyes morales a casos particulares «como si fueran rocas que se lanzan sobre la vida de las personas»⁶³. Es aquí donde se da la paradoja entre una espiritualidad desde abajo y una espiritualidad desde arriba porque está, por una parte, la realidad precaria que muchas veces tiene un matrimonio y una familia y, por otra, la enseñanza moral de la Iglesia, que pide responder a las directrices que traza el Magisterio. La dificultad radica en lo expresado por el mismo Pontífice en cuanto que «durante mucho tiempo creímos que con solo insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales, sin motivar la apertura a la gracia, ya sosteníamos suficientemente a las familias, consolidábamos el vínculo de los esposos y llenábamos de sentido sus vidas compartidas»⁶⁴. Dentro de los temas que más expectativas causaba en círculos eclesiales y extraeclesiales eran

aquellos que se referían a los temas de moral conyugal. La pregunta es si habría alguna novedad principalmente en razón de la Enseñanza de la *Humanae vitae*, la cual recurrentemente se levanta como testeador de toda verdadera renovación⁶⁵. Si se revisa lo que Francisco va a afirmar sobre la enseñanza de Pablo VI, se podría evidenciar que mantiene una postura tradicional sobre el tema, aunque dice que hay que redescubrir la *Humanae vitae*, principalmente, valorando la relación intrínseca que debe existir entre lo procreativo y lo unitivo⁶⁶. El Papa va a dar algunas orientaciones con respecto al tema de la planificación familiar, donde se va a referir a que la vida siempre es un don y, en este sentido, advierte que los Padres sinodales han señalado que se está difundiendo una mentalidad que reduce la generación de la vida a una variable de los proyectos individuales o de los cónyuges solamente⁶⁷, sin tomar en cuenta los deberes con Dios, consigo mismo, la familia y la sociedad⁶⁸. Para tomar decisiones con respecto al tema de la paternidad, es necesario un diálogo consensual entre los esposos, el respeto de los tiempos y la consideración de la dignidad de cada uno de ellos⁶⁹. Este diálogo presupone la formación de la conciencia para poder discernir. Al respecto el Papa retoma las enseñanzas del Concilio Vaticano II cuando señala en la *Gaudium et Spes* que la conciencia es «el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que este se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquella»⁷⁰. Recoger la moral desde la conciencia es interesante y arriesgado, sobre todo porque sigue siendo una problemática a nivel de los fundamentos de la moral, donde el Magisterio ha sostenido que la conciencia tiene la función de aplicar la ley dada por Dios a cada caso particular, de modo que la conciencia no crea la ley sino que la reconoce, constituyéndose en norma subjetiva de moralidad⁷¹. Esta postura se opone a la función creativa de la conciencia⁷², donde prevalece una conciencia subjetiva individual, lo que Juan Pablo II va a alertar, señalando que siempre debe haber una búsqueda necesaria de la verdad y el bien⁷³. Sin embargo, el Papa Francisco establecerá un criterio interesante al afirmar que: Tenemos dificultad para presentar al matrimonio más como un camino dinámico de desarrollo y realización que como un peso a soportar toda la vida. También nos cuesta dejar espacio a la conciencia de los fieles, que muchas veces responden lo mejor posible al Evangelio en medio de sus límites y pueden desarrollar su propio discernimiento ante situaciones donde se rompen todos los esquemas. Estamos llamados a formar las conciencias, pero no a pretender sustituirlas⁷⁴. El texto de *Amoris Laetitia* parece optar por lo que algunos teólogos morales han llamado la dimensión hermenéutica de la conciencia, en cuanto vía alternativa a la conciencia obediente, la cual corre el peligro de desconfiar de la capacidad humana de buscar la verdad y renunciar al discernimiento, dejando el paso a una heteronomía deshumanizante. Más bien, el Papa opta por una función de la conciencia donde los fieles desarrollan su propio discernimiento, pudiendo resolver sus problemáticas particulares en un proceso intersubjetivo⁷⁵. No obstante, y he aquí una posible paradoja dentro del mismo planteamiento moral, el Papa confirma la enseñanza tradicional de la Iglesia en cuanto a promover el uso de los

métodos basados en los «ritmos naturales de fecundidad»⁷⁶. Estos métodos, reafirma el Papa citando al Catecismo, siguen siendo los únicos que «respetan el cuerpo de los esposos, fomentan el afecto entre ellos y favorecen la educación de una libertad auténtica»⁷⁷. Podría plantearse una tensión desde una visión hermenéutica de la conciencia, al ser los esposos quienes discernan sobre el método que consideren mejor, resguardando el respeto a sus cuerpos y siendo responsables con los hijos que pueden venir y aquellos que ya custodian⁷⁸. Al respecto, el Papa Francisco va a argumentar, citando a Juan Pablo II, que la paternidad responsable no es «procreación ilimitada o falta de conciencia de lo que implica educar a los hijos, sino más bien la facultad que los esposos tienen de usar su libertad inviolable de modo sabio y responsable, teniendo en cuenta tanto las realidades sociales y demográficas, como su propia situación y sus deseos legítimos»⁷⁹. Ciertamente, la enseñanza de Francisco, con respecto al discernimiento de la paternidad, descarta de plano aquellos métodos micro-abortivos, pues de hecho el valor de una vida humana es inalienable desde el momento que se gesta el niño en el seno de su madre y en todas las etapas de la vida pues, por ese motivo, se ha llamado a la familia santuario de la vida⁸⁰. Otro tema de moral familiar sobre el cual se pronuncia el Papa es el de los divorciados. Para ello recurre a las enseñanzas de Jesús cuando reafirma la unión indisoluble del matrimonio, pero no como un yugo sino como un don, donde la condescendencia divina acompaña en el camino a los esposos a través de la cruz⁸¹. De allí que la enseñanza magisterial considera que toda ruptura del vínculo matrimonial va contra la voluntad de Dios, sin embargo, es consciente de la fragilidad de sus hijos⁸². Es por esto que el Papa acentúa el tema del dolor que se sufre ante esa situación, sobre todo de la parte que ha sufrido injustamente el abandono⁸³. Estas situaciones necesitan de un atento discernimiento y un acompañamiento, sobre todo en lo que se refiere al perdón de la injusticia recibida. Por eso señala la necesidad de establecer una pastoral de mediación a través de centros de escucha, los que es necesario instaurar en las diócesis⁸⁴. Ahora bien, con respecto al tema de las personas divorciadas que viven en una nueva unión o aquellas que conviven sin hacer explícito su consentimiento ni civilmente ni sacramentalmente, el Papa opta por la clave de la misericordia, y es por este motivo que expresa que son parte de la Iglesia y que no están excomulgadas porque están integradas a la comunión eclesial⁸⁵. Entonces, el Papa opta por valorar los elementos positivos que se pueden dar en todos los casos de uniones que no se enmarcan dentro de la concepción del matrimonio cristiano⁸⁶. Recuerda lo planteado por Juan Pablo II con respecto a la ley de la gradualidad⁸⁷, en cuanto que el ser humano conoce, ama y realiza el bien moral según las diversas etapas de su crecimiento, ya que hay un avance gradual en la voluntad de Dios expresada en la ley posibilitada por la gracia⁸⁸. Por otra parte, hay que señalar que el mismo Papa afirma la necesidad de evitar todo lenguaje y actitud de discriminación; sin embargo, frente a todas las relaciones que no están acorde con la enseñanza de la Iglesia no se les denomina de otra forma que no sea «irregulares». La misión de la iglesia,

en este sentido, es «revelarles la divina pedagogía de la gracia en sus vidas y ayudarles a alcanzar la plenitud del designio que Dios tiene para ellos, siempre posible con la fuerza del Espíritu Santo»⁸⁹. Entonces, se plantea la necesidad de discernir bien cada una de las situaciones y revisar las exclusiones litúrgicas, pastorales, educativas e institucionales⁹⁰. Asimismo, el Papa señala que no se entregará una nueva normativa general de tipo canónica aplicable a todos los casos⁹¹. Francisco optará más bien por confiar el discernimiento a los pastores que no pueden sentirse satisfechos aplicando leyes a las situaciones irregulares⁹², sin considerar las dimensiones psicológicas, históricas, biológicas, entre otras. En este sentido, el Papa invita a los sacerdotes a que, sin disminuir el valor del ideal evangélico, hay que acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles de crecimiento de las personas que se van construyendo día a día, dando lugar a «la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible». Comprendo a quienes prefieren una pastoral más rígida que no dé lugar a confusión alguna. Pero creo sinceramente que Jesucristo quiere una Iglesia atenta al bien que el Espíritu derrama en medio de la fragilidad: una Madre que, al mismo tiempo que expresa claramente su enseñanza objetiva, no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino⁹³. En este párrafo de *Amoris Laetitia* se puede apreciar la tensión en la propuesta del Papa Francisco, ya que su deseo es plantear una moral cuyo enfoque es de una espiritualidad desde abajo, complementada con una sana espiritualidad desde arriba. Lo que rechaza es una presentación de la moral rígida y carente de misericordia, donde el acento esté más bien en una espiritualidad desde arriba mal aspectada que persiga ideales sin reconocimiento de la fragilidad⁹⁴. A su vez, junto al discernimiento de los pastores, el Papa va a confiar en el discernimiento de los fieles, por lo que sostiene la necesidad de que la Iglesia tome en cuenta el discernimiento en conciencia de las personas involucradas y que esto debe ser mejor incorporado en la praxis de la Iglesia, sobre todo en lo que se refiere a algunas situaciones que no realizan objetivamente la concepción cristiana del matrimonio⁹⁵. Ahora bien, el problema es cómo se articulan estos dos tipos de discernimientos, tanto del pastor como de la persona que se encuentra en situaciones complejas. Francisco entrega como criterio la necesidad de la responsabilidad y la discreción de ambas partes, con un pastor que discierna el caso y que evite la apariencia de una doble moral eclesial⁹⁶.

3. Paradoja de una espiritualidad desde abajo y una moral desde arriba en *Amoris Laetitia*

En el primer apartado se desarrolló la espiritualidad de la familia con base a la afirmación «la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino»⁹⁷. A través de las expresiones vertidas por el Papa se puede apreciar que hay una valoración a la vida cotidiana del matrimonio y a la familia, sin temor a sus debilidades y precariedades. De hecho, Francisco, en la conclusión de *Amoris Laetitia*, señala que «ninguna familia es una realidad celestial»⁹⁸, pues ella se va

configurando a través del tiempo en el camino del amor, renunciando al perfeccionismo de la impecabilidad en las relaciones interpersonales. Pareciera ser que en el camino de reflexión Magisterial nunca se había subrayado tanto la espiritualidad familiar desde abajo, donde justamente las dificultades y los pecados son parte del camino que conducen a Dios. También, es importante la valoración que se hace de otras uniones que no comparten la visión cristiana del matrimonio, para lo cual el Papa utiliza la teología de las semillas del Verbo afirmando que: Podemos decir que «toda persona que quiera traer a este mundo una familia, que enseñe a los niños a alegrarse por cada acción que tenga como propósito vencer el mal –una familia que muestra que el Espíritu está vivo y actuante– encontrará gratitud y estima, no importando el pueblo, o la religión o la región a la que pertenezca»⁹⁹. En este sentido, se podría afirmar que el Papa valora un sistema de creencia que conlleva a una praxis esponsal y familiar aunque no esté de acuerdo con la enseñanza de la fe cristiana. Sin embargo, también realiza una lectura ad intra eclesial, donde sostiene que la Iglesia debe mirar «con amor a quienes participan en su vida de modo imperfecto»¹⁰⁰, acompañándolos al sacramento del matrimonio. Es decir, como señala al final de la Exhortación, invita a que las familias no se desesperen por sus límites, pero que tampoco renuncien a buscar la plenitud de amor y de comunión que se ha prometido¹⁰¹. Entonces, si bien se podría intuir en estas palabras finales una tensión entre una espiritualidad desde abajo y desde arriba, también es cierto que una espiritualidad desde abajo no prescinde de la espiritualidad desde arriba, pues ejerce una función positiva proponiendo ideales para ser vividos; el problema se produce cuando esos ideales hacen perder contacto con la realidad¹⁰². Parece ser, entonces, que en *Amoris Laetitia* se presenta una propuesta de una espiritualidad preferentemente desde abajo, la duda es qué sucede con la moral del matrimonio y la familia si también se plantea desde abajo, o bien, se construye desde el ideal que prescinde de la realidad¹⁰³. La autocrítica que hace el Papa es que durante mucho tiempo se creía que bastaba con insistir en cuestiones doctrinales, bioéticas y morales para ayudar a las familias¹⁰⁴, lo cual responde principalmente a una visión de cristiandad donde se asumía que todas las personas se adherían a la fe y, por tanto, a los pronunciamientos del Magisterio¹⁰⁵. Sin embargo, actualmente en una sociedad secularizada, la enseñanza magisterial se sitúa en una etapa superior en la que suelen estar las personas en el camino de la fe, ya que en el mejor de los casos se encuentran los fieles en una etapa de apertura al anuncio del evangelio y en otras se está en la fase kerigmática, para luego pasar a la iniciación¹⁰⁶. Solo después de años de camino se podría decir que los fieles empiezan a descubrir la enseñanza magisterial como eco actualizado de las enseñanzas del Maestro; de allí la importancia de la propuesta de la ley de la gradualidad. Además, hay que tomar en cuenta que nuestra época ha hecho un giro hacia la autonomía en el plano moral. Por lo tanto, más que permanecer en una etapa paternalista, donde se le concedía autoridad a una instancia superior para la toma de decisiones, como en su momento fue la Iglesia o el Estado, hoy cada persona toma decisiones dentro de su propio marco de

creencias¹⁰⁷. En este sentido, como se señalaba en el segundo apartado del artículo, el Papa va a acentuar una moral de la conciencia hermenéutica, dándole un amplio espacio al discernimiento de lo esposos y la familia ante los diversos dilemas morales, en comunión con una enseñanza magisterial que busca conservar la verdad del Evangelio con respecto a la moral familiar. Por tanto, el nudo crítico se da al plantear una moral desde abajo o desde arriba. Como se señalaba, no se trata de prescindir del ideal, sino que el ideal no pierda contacto con la realidad. Es aquí donde la teología moral, siguiendo las orientaciones del Papa, debería dejar que se incorporen a su reflexión consideraciones contextuales¹⁰⁸. Esto permitiría incorporar los cambios de paradigmas sustantivos que se han dado en la historia de la humanidad, como la posibilidad de separación entre gesto sexual y procreación, la distinción entre anticoncepción y micro-aborto, la inserción de la mujer en la sociedad¹⁰⁹, la crítica y abandono de una estructura patriarcal¹¹⁰, entre otros. De esta manera, se podría afirmar que el Papa Francisco busca optar por una moral desde abajo, pero no siempre logra articularla en la narrativa de *Amoris Laetitia* con una moral desde arriba, que tiene su principal exposición en el derecho canónico en temas relativos al divorcio y en la prescripción moral sobre los métodos anticonceptivos de la *Humane Vitae*. Entonces, la paradoja está en que sin cambiar la doctrina pretende entregar un nuevo enfoque a la moral familiar, poniendo de relieve el espacio de la conciencia y el discernimiento de los cónyuges, pero siempre en vista de alcanzar el ideal que propone el Magisterio. Es por eso que señala: Si bien es verdad que hay que cuidar la integridad de la enseñanza moral de la Iglesia, siempre se debe poner especial cuidado en destacar y alentar los valores más altos y centrales del Evangelio, particularmente el primado de la caridad como respuesta a la iniciativa gratuita del amor de Dios¹¹¹. De esta manera, el Papa Francisco subsana el no llegar al ideal, entendiendo que hay fieles que tienen dificultades para vivir plenamente la ley divina, entonces, les invita a recorrer la *via caritatis*, donde el amor se constituye como la primera ley de los cristianos¹¹². Si bien es cierto que el Papa no se pronuncia sobre cambios en la enseñanza moral magisterial, sí entrega algunas directrices que debería tener en cuenta la teología moral, ya que si se puede sostener la jerarquización en las verdades de fe, del mismo modo se podría afirmar la jerarquía en el plano de las costumbres donde el amor se consideraría como la praxis fundamental¹¹³.

Conclusión

El Papa Francisco inicia la Exhortación señalando que los sínodos mostraron que ante las complejidades de los temas familiares y matrimoniales es necesario «seguir profundizando con libertad algunas cuestiones doctrinales, morales, espirituales y pastorales»¹¹⁴. En esa libertad es que se analizó la carta desde la clave hermenéutica de la espiritualidad desde abajo y la espiritualidad desde arriba, con el propósito de descubrir líneas de reflexión que deben seguir profundizándose, para que así el Magisterio y la Iglesia en general puedan hacer un mejor servicio

a la familia, según la misma expresión del Papa, con los pies en la tierra¹¹⁵, tomando en cuenta los cambios culturales, los distintos contextos y las realidades particulares. En este sentido, cuidar el lenguaje¹¹⁶ parece realmente importante. Conceptos como situaciones irregulares¹¹⁷ o participación imperfecta en la vida de la Iglesia¹¹⁸ deberían dar lugar a expresiones que ayuden a no segmentar las realidades familiares, como si hubiera algunas de primera categoría y otras de segunda, ya que en una realidad familiar compleja los sufrimientos de la cotidianidad pueden constituirse en caminos de redención cuyo fruto es la salvación en tanto fin último del ser humano. Otras expresiones referidas a la vida sexual del matrimonio, como «acto genital de los esposos»¹¹⁹, se contradicen a otras locuciones muy interesantes, como «lenguaje interpersonal»¹²⁰. Estas formas distintas de presentar el tema dejan entrever la sospecha de que todavía no se valorar el gesto sexual como un don de Dios que ayuda al crecimiento del amor de los esposos, lo cual también favorecería la armonía del hogar, beneficiando a los hijos, otros miembros de la familia y, en definitiva, a la Iglesia y la sociedad. A su vez, presentar el matrimonio como ideal exigente del evangelio¹²¹ hace ver que es algo inalcanzable y que la propuesta evangélica está en orden al esfuerzo y no a la gracia. Desde una espiritualidad desde abajo se podría contra argumentar que el Evangelio no es una exigencia, sino una invitación y salvación, por lo que la moral que emana de la enseñanza evangélica es una invitación al seguimiento del Maestro, en tanto experiencia liberadora¹²². En este sentido, reflexionar la espiritualidad del matrimonio y la familia desde una espiritualidad desde abajo es una tarea interesante que deja *Amoris Laetitia*, en tanto valorar las precariedades de la familia, no como un fracaso, sino como una posibilidad que actúe la fuerza de Dios, teniendo presente que «llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros»¹²³. Finalmente, para la teología moral, específicamente relacionada con el matrimonio y la familia, es posible replantearse diversos temas a través de algunos ejes esbozados en *Amoris Laetitia*, como son la conciencia hermenéutica y el discernimiento en clave de autonomía. Esto implica que la Exhortación trasciende el hecho de ser una reflexión sobre la alegría del amor en la familia y se levanta como una renovada teología moral, desde la cual es posible construir una moral renovada y liberadora